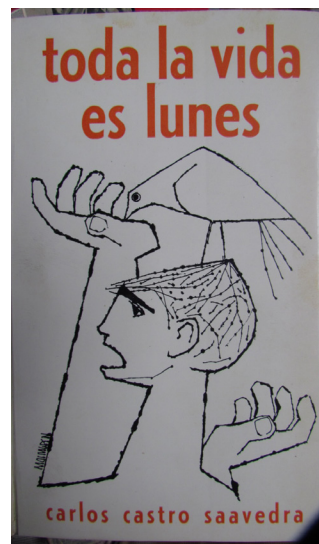
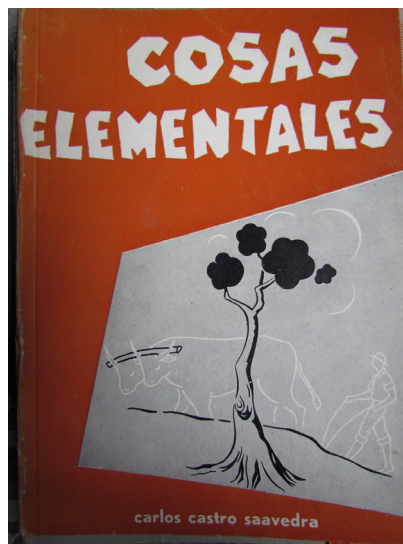


“Escribo para sentirme más vivo”

Entrevista a Carlos Castro Saavedra
de Reinaldo Spitaletta y Mario Escobar Velásquez



14

Carlos Castro Saavedra es un hombre de los que más vive y más muere a la vez. Porque es un poeta. Es de aquellos que le hablan al cielo y a las nubes y a los pájaros recién desempacados. Y de esos a quienes les gusta tenderse a orillas de un río a verlo *heraclitar*. Es, así mismo, de aquellos seres que han padecido miserias y desventuras, y que, pese a todo, tienen una sonrisa eterna en los labios. Porque es un poeta.

Carlos Castro Saavedra, Leo, nacido el 11 de agosto de 1924, es un iluminador de pueblos. Es de esos que si dice viento, los árboles le responden con un saludo de hojas. Y si dice mar, las olas le cantan con pentagramas de sal.

La casa de Carlos Castro huele a flores y a vientos y a plumas de tórtolas. Y en ella y en sus afueras frescas predomina el color naranja. Y Carlos Castro huele a tierra y a sangre y a trigo. Tiene ese olor indescifrable que solamente tienen los poetas.

¿Cuándo y cómo se inició usted en la poesía?

Cuando tenía ocho o nueve años de edad, cuando era un niño todavía y estaba dedicado a descubrir el mundo que sigo descubriendo, siempre con estupor y con asombro y, a menudo, con la sospecha de que nunca lo conquistaría cabalmente, así pasaran años y centurias en posesión de la

existencia. Los primeros versos, como es apenas natural, fueron candorosos, fueron como el principio de una estrella remota.

Contesta mientras pequeñas fumarolas de humo de tabaco le salen por la boca, como si él estuviera incendiándose internamente: este hombre menudo y sensible fuma sin cesar, y la voz la tiene untada de tabaco que le raspa en la garganta. Pero tal vez sí está incendiado de poesía, y hace años y años que arde en ella. Carlos Castro Saavedra es un incendio poético, un desmesurado incendio como quizá no se ha visto otro en Colombia. Siendo pequeño arde como los gigantes incendios de bosques interminables, y si tiene pequeña la voz física, tal vez ninguna otra voz poética haya resonado más alta en Colombia.

¿Recuerda su primer poema?

No recuerdo el primer poema, pero recuerdo que hablaba del mar, de los marinos, y de un sueño eterno bajo las olas, bajo las escamas de los peces, y de la sal diseminada en medio de peñascos y tormentas.

No lo recuerda entero, sino a trechos. La voz tabaquienta fuma una estrofa que ya tenía cadencia, y ritmo, y metro, y acento. En la voz de ahora hay la ternura del niño que amaba sus versos primeros, y uno sigue entendiéndolo: ama a cada uno de sus versos, y en ellos a cada palabra, y en la palabra cada sílaba.

¿Cuándo comenzó a publicar? ¿Publicar es importante para usted?

A los dieciséis o diecisiete años de edad. Si no recuerdo mal, lo hice en el periódico *El Diario* de Medellín, un vespertino que circulaba profusamente en la ciudad, y que en las primeras horas de la noche comenzaba a morir y a confundirse con las sombras. Allí aparecieron algunas cosillas en prosa, y al-

gunos versos que pasaron como pequeñas aves del atardecer.

Casi de inmediato obtuvo una notoriedad, precoz como él mismo. Tenía desde los primeros versos la calidad inmensa de los mejores de siempre. De esos que son eternos, aunque vivan poco. Tenía el sello personal inconfundible, el matiz que no está calcado, la visión fresca: eso que se ve a las primeras, y destaca. Carlos Castro Saavedra no fue haciéndose y puliéndose de a pocos en cada poema, sino que irrumpió de una. Nacido grande.

¿Cuántos libros ha publicado?

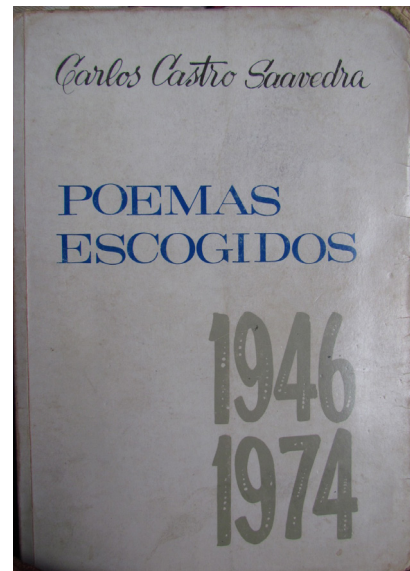
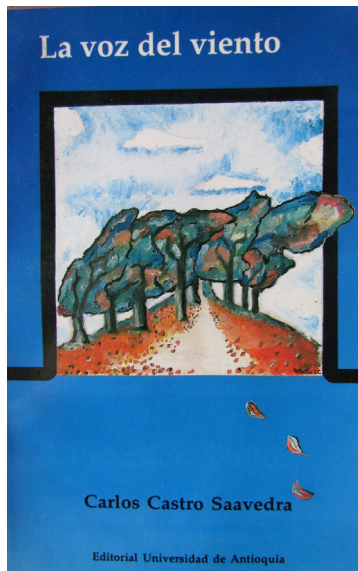
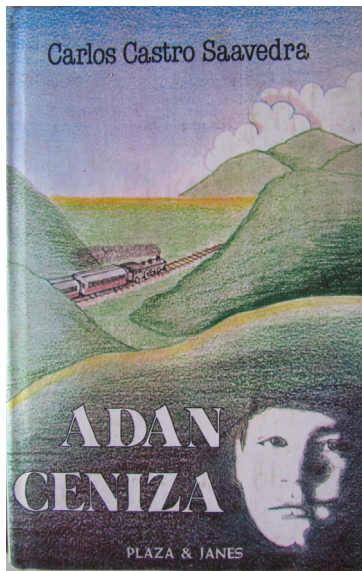
Muchos. Todos representan tentativas, esfuerzos de la vida por ser más vida, más testimonio de ella misma y de todo cuanto acontece en el entorno, en las orillas de su jadeo y de su relámpago. Publicar es bueno, a veces, porque es como buscar amigos, en una y otra parte, para compartir con ellos los pequeños hallazgos, las esperanzas y los sueños.

Son treinta y cuatro. El primero apareció en 1946, y el más reciente [mayo de 1988 se realizó la entrevista] en este mismo año, 1988. Treinta y cuatro, sin contar reediciones; es decir, un libro cada catorce meses. Un asombroso número, posible porque – como el fabuloso rey Midas que tornaba oro cuanto tocaba – Carlos Castro poetiza todo.

Sin contar sus artículos periódicos en diarios de la ciudad: esos solos harían otro tanto. Otro tanto de también poesía, aun cuando las palabras no estén distribuidas en versos. La poesía está mucho más adentro de las palabras, aunque ellas la lleven.

¿Qué significa para usted ser poeta?

Ser un enamorado de todo cuanto existe en este mundo, y a la vez una víctima del amor



repudiado o herido por el rayo, el desamor, la torpeza y la vulgaridad. Ser poeta es lo mismo que desbordar la realidad, así sea un poquito, casi nada, y advertir que en el fondo de todo hay caminos que empiezan violines, que comienzan a ser tales, o trenes que se acercan, silenciosos y húmedos, a la copa de un árbol o a la sed de un desierto.

O ser el enamorado perpetuo de una sola mujer, que ha inspirado centenares de cantos. Una mujer que es su esposa y con la cual, todavía, a los cuarenta años de casados felizmente, se toma de la mano por las vereditas rurales, o charla interminablemente en algún estadero de Rionegro, por horas, como si fuera un parque que está descubriendo el amor. La musa se nombra Inés Agudelo y se unta de ese aire romántico inimitable de las bien amadas.

¿Tuvo de joven algún poeta preferido?

De niño y de joven mi poeta preferido fue el viento y su incansable vocación de viajero y de hacedor de música. Siempre el viento y su sonido entre los bosques, entre los agujeros de la noche y los follajes del amanecer.

No es que lo diga con palabras ventosas soplando por agosto: es de toda la vida, y es sincero. La columna que ha sostenido por años en los diarios se llama La voz del viento, y su casa, allá por Llanogrande, también. A la entrada, sobre un tablón montañero, el título campea.

Pero también la casona amplia pudiera llamarse, por ejemplo, "El lugar de las flores". En arriates, en materas, crecen lozanas.

¿Sigue prefiriendo al viento o han variado sus gustos al respecto?

Lo sigo prefiriendo, aunque la verdad es que he descubierto poetas tan altos y tan claros como el viento.

¿Reconoce en su obra alguna influencia poética?

Desde luego. Siempre me impresionaron y me siguen impresionando Whitman, Neruda, Vallejo y todos los poetas que se acercaron a la intimidad de los pueblos con honradez y con amor. Ellos me impactaron, me ayudaron a crear, a creer, a proyectar-

me sobre mis semejantes, sus luchas y sus victorias, y a reconocer en estas cosas la gran palpitación del hombre y del universo. Pero las influencias pasan, dejando lo que han de dejar, y empieza a aparecer la propia voz, con sus metales propios y sus características personales.

Una verdad tan preclara como una catedral: el poeta que no logra un timbre propio, inconfundible, identificable de inmediato, ha de desteñirse como un afiche al cual le llueve luz. Todos los grandes poetas han sido voces únicas: la suya no compaginable con ninguna otra. Algo difícil de lograr cuando hacia atrás hay tantas voces cantando belleza, pero imprescindible.

Quizá haya sido Nietzsche quien dijo: “Bienaventurados mis seguidores porque de ellos serán mis errores”.

¿Sus poemas son gestados, “craneados”, o surgen en forma espontánea?

Mis poemas surgen en forma espontánea, tras una íntima y silenciosa y dolorosa gestación, la cual nunca se sabe cuándo empieza y cuándo se ha de terminar. De repente los versos, ya en posesión de alguna madurez, a través de los poros del alma y de la piel, se desbordan y buscan acomodo en el mundo.

¿Corrige mucho sus trabajos? ¿Hay algunos que tengan más de una versión?

En realidad no corrijo mucho mis trabajos, porque temo herirlos y arrebatárles la pureza que tiene su morada en las cosas recién nacidas.

¿De sus poemas a cuál prefiere?

Prefiero al último que escribo, al menor, al más niño, al que solo cuenta con su inocen-

cia para enfrentarse al mundo que lo espera, en uno y otro sitio, armado hasta los dientes, y decidido a condenarlo por incorrecto o por inútil.

¿Y de los ajenos?

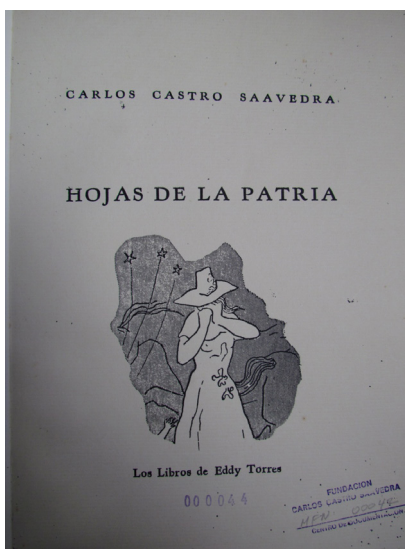
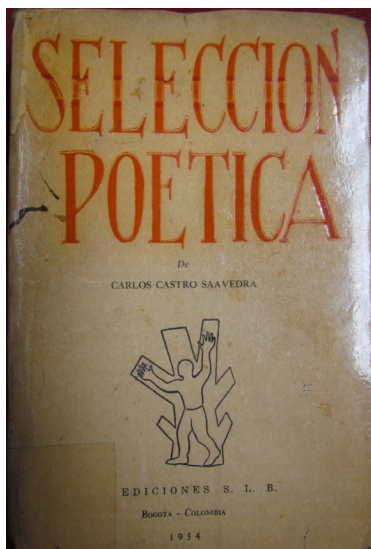
Prefiero el gran poema que hemos escrito todos, desde el comienzo de la vida, en nuestro afán de ser, de vivir ciertamente, y anticipar un poco el porvenir, anticipado siempre por los sueños y por la poesía.

¿Ha podido vivir del producido económico de sus libros?

He podido vivir y morir abundantemente del resultado económico de mis libros. Tal resultado ha sido siempre oscuro, avariato, mezquino. Sin embargo, actualmente, en el atardecer, vivo sin apuros mayores, mas no por concepto de los libros, sino más bien de los milagros y las compensaciones provenientes del cielo.

Hasta donde lo sabemos, y creemos saberlo bien, Carlos Castro Saavedra solamente se ha empleado una sola vez en su vida, por un lapso más bien corto. En él estuvo a punto de enloquecer, totalmente desadaptada su hiperestésica sensibilidad al trato burdo y cruel que suele haber entre los muchos empleados de una gran empresa: a las envidias, los rencores inmerecidos pero cargados, las confabulaciones, las zancadillas matreras, las “roscas”. Algunas veces aullaba en su hogar, verdaderamente aullaba de incomprensiones y de lesiones gratis que garuaban constantes.

Por los inicios de su carrera de poeta – que es lo que ha sido su vida – sobrellevó una honesta pobreza franciscana, si bien los franciscanos tenían seguramente mucha más holganza que él. Él quería solamente escribir poesía a toda hora, y eso no era compatible con ningún trabajo re-



munerado, aunque era, ciertamente, un trabajo constante: la cuantía de sus libros lo dice.

Con todo, con el tiempo, y con dineros habidos de su propio trabajo intelectual, ha logrado un estar envidiable. Ciertamente su casa de Medellín no es una casucha y, verdaderamente, su finca "La voz del viento" se diferencia en nada de las de otros ricos vecinos, y evidentemente su automóvil es modelo reciente y costoso.

A más de haber levantado a su familia, padre querido, amigo verdadero de sus hijos, Carlos Castro ha probado que es posible, a base de una altísima calidad poética y de una absoluta dedicación, llegar a vivir de la poesía y hasta tomarle alguna ventaja a la vida.

En otro tiempo fue usted quizá más conocido y reconocido que ahora. Para la generación de uno de nosotros dos fue el *non plus ultra* colombiano. ¿Le significa algo ese casi desconocimiento de parte de otras generaciones?

En principio, no estoy de acuerdo con su planteamiento. Yo creo que me siguen co-

nociendo los unos y los otros, y que un día de estos, todos me van a dar un poco de ellos, para que no me falte compañía, ni siquiera en la tumba. Por lo demás, estas cosas de la fama, del reconocimiento sostenido, permanente, jamás me han alarmado ni me han quitado el sueño.

En otra época, cuando Carlos Castro iba a Bogotá, el periódico El Tiempo lo anunciaba en primera página. Suplementos de todos los diarios del país acogían – diríamos que con estruendo – a sus libros recientes, y teníanle a sus poemas páginas y páginas, y comentaristas y comentaristas teníanle cornucopias de elogios (¡merecidos!). Era evidente que se le tenía como al gran poeta nacional, porque sus cantos eran nacionales: como la del viento, un poco la voz que todos oíamos. Ciertamente, sigue teniendo su "hinchada" fervorosa.

Usted se ha codeado con la élite poética del mundo, ¿a cuál poeta recuerda especialmente?

A Neruda, a Pablo Neruda, el chileno de toda América, de todo el mundo. Tuve la

suerte de contar con su amistad, y con su noble y fuerte paternidad poética. En Medellín, en Berlín, en Santiago de Chile, hablé con él de muchos viajes y de muchos caminos. Fue grande de verdad, y estaba lleno de manzanas, de uvas y de arpas. Siempre lo recordaré con admiración y con afecto.

Un amigo de verdad, que le tuvo siempre abiertas las manos, y su casa en la Isla Negra, y su admiración. Neruda escribió de Carlos Castro, en 1953, que con él “la poesía colombiana despierta de un letargo adorable”.

Neruda, ciertamente, de los poetas modernos quizá el único que haya escrito más poemas que Carlos Castro Saavedra.

Creemos recordar que su poesía le suscitó acá, en nuestro medio, problemas políticos. ¿Quiere narrarnos de esos asuntos?

Ocurrió lo de siempre: me confundieron con la noche, cuando en realidad soy el amanecer, desde el principio, o por lo menos el deseo de devolver al mundo la mañana. Pero no quiero recordar nada al respecto. No me gusta el pasado. Si quieren, les recuerdo cosas del futuro, del año dosmil en adelante.

Carlos Castro Saavedra escribía de la patria ensangrentada, y eso no podía tolerarlo la dictadura: tuvo que exiliarse para que que no lo coladorizaran a balazos: se fue a Chile, la tierra de los araucanos y de Pablo Neruda (el mayor de los hijos de Carlos Castro se llama así: Pablo. El que le sigue, Santiago; no es casual, no). Porque su poema “Los caminos de la patria” empezó de pronto a estar en boca de todos los perseguidos, de todos los ensangrentados, de los huérfanos, de los padres sin hijos sacrificados: un poema que crecía inmensamente. (Hoy, quizá, debiéramos empezar a musitarlo de nuevo, porque el país se desangra otra vez).

¿Ha sido usted lo que se ha llamado un poeta “comprometido”? ¿Qué significa el “compromiso”?

Siempre he sido un poeta comprometido, pero no con grupos y banderías de una u otra índole, sino con la familia humana, con todos los seres que habitan el planeta y luchan por el pan de cada día y la estrella de cada noche, contra viento y marea, contra las tempestades, el desamor y la desesperanza.

En ese sentido, su poema mejor, para quienes esto escriben, a José Antonio Galán, “el mejor capitán”, habla de lo mismo: contra el opresor por el oprimido, contra el explotador por el explotado, contra el heridor por el herido, contra el desamador por el desamado, contra el desprotector por el desprotegido. Es un poema para una epopeya.

Recordamos un cuento suyo finalista en un concurso del diario *El Tiempo*. ¿Ese cuento fue casual? ¿Ha escrito otros?

Yo también lo recuerdo. Ciertamente fue finalista en un concurso patrocinado por el diario *El Tiempo*. En realidad he escrito otros, pero no para enviarlos a concursos, sino porque siento la necesidad de escribirlos, como también a veces me provoca no escribir nada, nada, sino mirar el mar y sentir la presencia inmediata del cielo, de la arena y de los alcatraces.

Quizá nadie se acuerde ahora del cuento ganador: el mejor jurado es el tiempo, al cual no le da miedo premiar a los mejores, o no tiene envidias para no premiarlos, o no establece componendas. Un cuento terrible de uno de esos caciques pueblerinos que después de sacrificar a sus enemigos se iba muy devotamente a rezar el rosario con sus cuatro hijas solteronas, que tenían como a hijos a unos pájaros de esos llamados “azule-

jos". Un cuento lleno de connotaciones y de similitudes evidentes, también comprometido con los perseguidos.

El cuento en mención se llama "Cuatro mujeres de ceniza". Una novela suya ganó un concurso importante. La novela, Adán ceniza, y el cuento del que venimos hablando tienen en común esa condición residual de un fuego. ¿Es una coincidencia lo de la ceniza en la titulación? ¿Ha escrito otras novelas?

Creo que fue una simple coincidencia lo de la ceniza. Tal vez lo que sucede es que hay mucha en el mundo y soplan muchos vientos sobre ella, y uno se va llenando de desperdicios grises y patrimonios cenicientos. Ciertamente hay más cuentos y novelas en estado embrionario, naciendo apenas en la frente y en la máquina de escribir. Ya veremos qué ocurre con el paso del tiempo. Quizás nada suceda, y vuelvan a cantar los pajaritos con una gran indiferencia y un hermoso candor.

Trabaja ahora en una novela extensa: deberá abarcar a varias generaciones, y a ramas colaterales de una familia. Carlos Castro parece tener días dobles a los usuales a los demás que trabajamos, porque a él el trabajo le rinde el doble. Porque además pinta: cuadros tiene terminados que son muchos más que el quintuplo de sus libros. No es raro oírle decir que "trabajé anoche hasta las tres de la mañana".

Ahora usted pinta con la misma empecinada dedicación con la que antes escribió. ¿Hay algún paralelo, alguna semejanza de sensibilidades entre ambas expresiones artísticas?

Creo que el ejercicio pictórico y el ejercicio poético, en mi caso, son la misma cosa. La

pintura y la poesía se complementan recíprocamente. Mi pintura, en alguna medida, es poesía pintada, y mi poesía, pintura escrita.

En las oficinas de Pablo y de Santiago (cuya compañía Transportadora de Empaques patrocina anualmente el que es, sin duda, el mejor y más organizado concurso de cuentos del país) uno de los dos que escribimos vio cuadros del poeta y descreyó de su capacidad de expresión con los pinceles. Como es muy lengüilargo lo dijo así, y a los hijos no les gustó la no solicitada opinión.

Pero el lengüilargo se equivocaba: los cronistas hemos visto después una serie numerosa de lienzos allá en donde el viento canta, y muchos son verdaderamente notables.

¿Es su pintura alguna afición tardía o tiene antecedentes?

Tiene antecedentes. Desde pequeño me gustaba mirar cuadros, recrearme con los paisajes crepusculares y los colores de los pájaros y las flores. Es indudable que algo de pintura, un poquito, vino conmigo a este mundo. En cuanto al hecho de crear algo en este sentido, recuerdo que mi primera experiencia tuvo lugar hace treinta años. Pinté cincuenta óleos, sobre temas tomados de la violencia de entonces, y los expuse en el Museo de Zea. Todos se vendieron por sumas menores, aunque contaban con muchos defectos, propios de mi inexperiencia. Pero tenían fuerza, tenían vigor.

¿Ha ganado dinero con la pintura?

Actualmente no es mi propósito pintar para vender. Y menos para consagrarme, como suele decirse, en el campo de la pintura. Sin embargo algunos se han vendido y he to-

mado el asunto con humor, con una sonrisa en los labios. Pinto porque siento la necesidad de hacerlo, porque descanso un poco, porque me da la gana, porque a veces de mis manos salen caballos y pájaros que me hacen compañía y me obligan a pensar en galopes y vuelos maravillosos.

¿Cuál de estas expresiones artísticas que usted maneja prefiere?

Prefiero la poesía, porque fui poeta antes que pintor, porque es más antigua entre mis parientes más cercanos. Pero insisto en que en el fondo son la misma cosa, la misma “pequeña quemadura infinita”.

¿Sus obras han sido traducidas a otros idiomas?

Varios poemas han sido traducidos a otros idiomas, especialmente al ruso, al francés y al inglés. Por allí andan, en libros y revistas, todos serios y tartamudeantes.

¿Le significa algo el hecho de que haya sido traducido?

Las traducciones no me molestan en modo alguno, pero tampoco me enloquecen de felicidad.

En Colombia han surgido, en los últimos años, varios poetas. ¿Lee usted a los jóvenes?

Claro que los leo, porque los jóvenes son la esperanza, el porvenir. los grandes poetas del mañana, al menos unos pocos, como siempre ha ocurrido.

¿Cree que la poesía puede contribuir al cambio del mundo?

La mía y la de todos los poetas que de verdad lo son. Poesía, justamente, es lo que le

hace falta al mundo para poder cambiar, para renunciar a su forma de espada y adquirir la de nido, la de tibia y hermosa morada de los hombres.

Y para ser un poco utilitaristas: ¿para qué y por qué escribe usted?

Para sentirme más vivo, más cerca de Dios y de mis semejantes, y para integrarme, en alguna medida, a la totalidad del universo.

Durante la entrevista, que se hizo sin grabadora porque el poeta detesta a esos aparatos que son infieles en su fidelidad mecánica, y los prohíbe meticulosamente para que no recojan su voz nicotinoso y humosa, ha dado cuenta de casi una docena de cigarrillos. Por encima de “La voz del viento”, como desafortunados insectos de aluminio que ronronean feamente como pterodáctilos de pesadilla, han pasado varios aviones. Doña Inés, la amada de siempre y de ahora, que provocó muchos llantos en el poeta que la amaba y ama cuando se cortó las trenzas, escena que un poema recoge, no está en casa, y una chica muy amable que oficia allí de ama de llaves nos ha servido varios cafés. El viento que entra por una puerta nos cuenta el frío, y hemos oído que hasta respondiendo preguntas para este otro reportaje muy ambicionado, Carlos Castro Saavedra responde poesía.

Publicada inicialmente en *El Colombiano* el 15 de mayo de 1988, esta entrevista se incluyó en el libro *Reportajes a la literatura colombiana* de Reinaldo Spitaletta y Mario Escobar Velásquez publicado en 1991 por la Editorial Universidad de Antioquia y la Biblioteca Pública Piloto, pp. 37-48.